

cia de poetisas desde los tiempos de Nicole Garay hasta los de Stella Sierra, deteniéndonos en la austera nota de Olimpia de Obaldia, mezcla de ingenuidad y melancólica ternura. Por cierto que advierto la falta de Eda Nela, hoy retirada del verso, pero a quien conocí en el fervor de su entusiasmo poético, allá por 1932. E insisto: falta el propio Miró, Rodrigo, el antologista, finísimo espíritu creador, sobrecogido por la tarea voluntariamente escogida de desentrañar del olvido y la incuria las más bellas páginas de la literatura panameña.

La obra realizada por Rodrigo Miró llena por sí sola una etapa de investigación alerta y sacrificada. La incorporación de la poesía de Panamá en el cuadro de la cultura continental le deberá mucho a este esforzado paladín de lo patriótico fundamental, que ha coronado así la tarea iniciada antes por Andreve, Méndez Pereira, Isaza, Laurenza, antecesores más o menos inmediatos del acucioso, penetrante y laboriosísimo autor de *Teoría de la patria*.—Luis Alberto Sánchez.



“VARIACIONES SOBRE EL HUMANISMO”, ensayo de *Luis Beltrán Guerrero*. Caracas, 1952

*Variaciones sobre el humanismo* es un volumen de pequeño formato y de 65 páginas de menuda tipografía, publicado por la “Asociación de escritores venezolanos”. Constituye el cuaderno número 70, de una larga, desigual, e interesante serie.

Pese a su modesta presentación, se trata de un ensayo medular, sereno, profundo. Beltrán Guerrero comenzó a escribirlo en Buenos Aires, mientras hacía sus estudios de filosofía y letras. Por ello, lo empieza con estas palabras: “Mientras veo frente a mí, desde el alto ventano de mi cuarto, al río de la Plata, gemelo del Orinoco en el impulso inicial de redención política americana...” Y prosigue:

“... por sobre lo inmediato visible, diviso en la invisible y opuesta margen oriental, la sombra amada de Próspero, cerca del busto de Ariel”. En suma, ya vemos que está pensando en la Banda Oriental, en el noble y delicado José Enrique Rodó. Y es así como intitula la primera parte: “Ariel, evangelio del humanismo americano”.

Beltrán Guerrero, de estatura mediana, más bien pequeño, ligeramente inflado en su macicez física, se capta al interlocutor por su viveza, por la audacia de su charla, y una especie de porte fino que emana de su presencia asiática. Es un genuino hispano-indio con los ojos ligeramente oblicuos. De manera que es el hombre fatalmente indicado para preguntarse si los discípulos de Próspero (“que revivía el platónico diálogo bajo americanos pórticos”), han huído o no.

Después de afirmarnos que “nunca como en Rodó, fructificó mejor el alma hereditaria de la antigüedad clásica bajo la tez del criollo americano”, presiente una fuga hacia el norte. Expresa: “Ariel, errante y caprichoso genio de los aires, parece también haberse ido al norte a soplar la radiante antorcha. Como a la caída del imperio bizantino fuéronse a Roma los profesores que en sus alforjas de peregrinos llevaban la herencia de la cultura griega; durante la última hecatombe, los más preclaros ingenios europeos allá se han refugiado, como en tantas otras partes de América en menores proporciones”. Beltrán Guerrero, cuidadoso en el empleo de las palabras, utiliza el verbo “refugiarse”, no “consustanciarse”. No son infundados nuestros temores de considerar a América, todavía un “refugio” y no una “casa” para los creadores de arte y cultura. Sin embargo, nos destaca la grandeza de la creación novelística de América del Norte, y nos señala “que comienza a desmentir a quienes pudieran haber presumido que sería exclusivamente la Fenicia o la Beocia de los tiempos que corren”. Finalmente, Beltrán Guerrero, nos cierra el capítulo con una afirmación hacia Rodó: “Ariel, símbolo de humanismo americano, preside y presi-

dirá la estancia de Próspero. No. No está solo el maestro. Se oye el coro de los discípulos”.

En efecto, según algunos economistas, en Estados Unidos la técnica ya estaría liberando, en parte, al espíritu. Verbigracia, sólo el 25% de su población apta trabajaría en producir el sustento, mientras que en Chile, la cifra se eleva al 40%, o más.

A continuación, en los capítulos “Humanismo moral y humanismo político” y “Humanismo educativo”, nos manifiesta que “el humanismo es un fin de fines: su misión es formar hombres, y el hombre es el principio y fin de la historia, no sólo su protagonista o actor, sino su autor mismo”. Por ende, Beltrán Guerrero deduce que “no era forzosa la antinomia entre civilización y cultura”. Y que “el hombre, con el aparente dominio de las ciencias naturales y físicas, pretendió encerrar entre sus leyes artificiales todas las provincias del conocimiento”, hasta convertir, erradamente, “la ciencia en una nueva religión”... “la tecnocracia en una nueva cruzada”, para caer en “las hogueras inquisitoriales”, “los campos de concentración”... etc.

El autor estima que el “humanismo moral, comienza ya a transformarse en humanismo político, pasando a la letra viva de los Estatutos” con “la Carta del Atlántico y sus cuatro libertades”.

Al tratar el “Humanismo educativo” precisa que “el error de separar el cuerpo del alma, de que según William Blake padecen todas las biblias o códigos sagrados, mal podía afectar a la educación helénica”, y deduce consideraciones muy exactas, que sería imposible precisar en una mera nota.

En “El problema de las humanidades” (otro capítulo de este breve y hermoso ensayo), señala el peligro de sustituir las humanidades antiguas por la ciencia, por cuanto ésta es sólo una faceta de la actividad humana y “no es educadora; es instructiva”. E insiste en que el hombre hispanoamericano no es ya (como lo ha dicho Vasconcelos), el Robinson, sino el Odiseo, cargado de una cultura milenaria que hasta la egipcia se remonta, “y que las lecturas clásicas

sicas darán al alumno lo que a menudo la escuela niega”, para concluir con el mismo Vasconcelos que “ningún ensayo pedagógico de los realizados en México ha sido más rotundo que el reparto de la *Iliada* y la *Odisea*”.

En la parte intitulada “Humanismo social”, trata otros tópicos de verdadera envergadura espiritual, para cerrar su mensaje (pues esto es, más propiamente que un ensayo, la obra que comentamos) con una emocionada rememoración de Andrés Bello. Y nos recuerda que “La oración por todos” fué compuesta por Bello en Peñalolén, “la chilena quinta campestre por él cantada, y el espectáculo que allí se describe es el que objetivamente se divisa, desde esa casa de campo...”

En suma, un mensaje hermoso, pleno de alma y espíritu, y de ascendente juventud que ya linda con la madurez. Pero que nos trae *saudades* y que nos dibuja interrogaciones. Beltrán Guerrero ha retornado a su patria y, pronto, sintió la obra del despojo administrativo... que, fatalmente, es cercenamiento del sustento. Y ¿qué habría sido de Bello en Chile en el siglo XX? ¿Habría podido trabajar?—*Antonio de Undurraga.*

“CARRERA Y LA PATRIA VIEJA”, de *Jorge Carmona Yáñez*. Prensas del Instituto Geográfico Militar, Santiago de Chile

Trátase de un apretado volumen de cerca de cuatrocientas páginas, en el cual el acucioso militar que es el autor, hace la historia de José Miguel Carrera, analiza su actuación en la gesta de 1810 y examina con detenimiento, a la luz de documentos y testimonios claros y limpios, todas las actitudes del gran Padre de la Patria cuya visión de soldado y gobernante fué, indudablemente, mal comprendida.

Hay el deber de reivindicar a Carrera, cuya trágica muerte lo